

Un pacto con problemas

Santiago González

Empezaré por contar cómo viví yo la noche electoral del 1 de marzo de 2009. Yo albergaba una cierta esperanza del cambio, que no seguridad, y el cambio requería, en mi opinión, que el PNV saliera del Gobierno vasco. La única forma de conseguirlo era que los partidos constitucionalistas sumaran un mínimo de 38 escaños. Había una segunda condición: que el PSE no superase al PNV en número de escaños.

Recuerdo haber calculado que si tal hecho se produjera, el PSE habría seguido manteniendo su condición de que el lehendakari fuera socialista. En buena lógica, el PNV habría preferido tener la mitad del Gobierno que la totalidad de la oposición. También sería lógico que esa posibilidad dejara al margen a Ibarretxe. Quien había sido lehendakari diez años no podía pasar a ser vicepresidente en un Gobierno de coalición. Pero si el PNV obtenía más escaños, nunca iba a ceder sus derechos de primogenitura. Para los socialistas, lo más importante era llevar a Patxi López a Ajuria Enea, no la coalición que hiciera posible ese objetivo.

Esto era así por dos factores. Uno de ellos tiene que ver con la anterior experiencia de coalición de Gobierno entre el PSE y el PNV, que duró entre 1986 y 1998. En aquella ocasión, se ha dicho con demasiada alegría que los socialistas, habiendo ganado en número de escaños, cedieron la presidencia del Gobierno a Ardanza. Esto es cierto, pero no lo hicieron de buen grado, sino obligados por las circunstancias. Permítanme que recuerde algunos datos: 19-17-13-13-9-2-2.

Dos coaliciones posibles: con el PNV y el acuerdo tripartito con EA-EE. Si había algo en lo que estaban de acuerdo todos los demás era en que Txiki Benegas no podía ser lehendakari. Los socialistas carecían de legitimidad de origen. EE, la quinta fuerza política, propuso seriamente a Bandrés, muy seriamente, con un argumento bastante gótico. Finalmente se optó por lo que parecía

más lógico: el pacto con el PNV.

Este pudo ser un factor que pesara en la memoria histórica de los socialistas. También hay otra, que le hizo al candidato Patxi López desdecirse de su promesa de no pactar con el PP. Es la lógica del cocido maragato.

Hubo relevo en Ajuria Enea. El 21 de mayo de 2009, 16 días después de su toma de posesión, el lehendakari López se vio obligado a hacer frente a una huelga general convocada por ELA, LAB y otras expresiones menores del sindicalismo abertzale, que protestaban ‘Contra la destrucción de empleo’. Nunca un gobernante se había visto sometido a tales prisas. Nunca hubo en la historia de España, dicho sea con perdón, sindicatos tan diligentes, sin querer ya compararlos con CCOO y UGT, y la impresionante entereza con que han recibido una tasa de paro del 20,05%.

Aquel día, la televisión pública vasca mostró en su Teleberri las noticias del seguimiento de la huelga. Un piquete informativo entraba al establecimiento de El Corte Inglés en la Gran Vía de Bilbao. Junto a ellos, dos agentes de la Ertzaintza, que permanecieron allí mientras los huelguistas cumplían estrictamente su tarea informativa, dando a conocer a los trabajadores la buena nueva de la huelga general. Una vez terminado el parlamento, los ertzainas acompañaron a los miembros del piquete hasta la calle y allí acabó la escena. Era la primera vez que la Policía autonómica cumplía con su deber en una huelga ante las cámaras de la televisión: garantizar el derecho de los huelguistas a hacer su llamamiento y la libertad de los trabajadores para secundarlo o no.

Cuando ha pasado un año de la investidura de Patxi López, cabe hacer una reflexión general. Euskadi se ha instalado en la normalidad, abandonando el debate identitario que forma parte inseparable del discurso nacionalista, muy especialmente durante la década Ibarretxe. La Ertzaintza ha superado su condición de símbolo del autogobierno para implicarse en la persecución de etarras y en la recuperación de los espacios públicos para

convivencia. Las víctimas han sido más visibles que nunca, aunque es preciso decir que este era ya un proceso que estaba en marcha antes.

El pase del PNV a la oposición no era un signo apocalíptico. Éste ha sido un descubrimiento universal: lo han hecho a la vez gentes del partido que gobierna y casi todo el principal partido de la oposición.

Euskadi había sido la reserva española del conflicto desde el comienzo de la transición hasta marzo de 2009. En el último año, el acuerdo PSE-PP que permite al primero gobernar en solitario, ha convertido al País Vasco en la excepción de convivencia frente al resto de España, que parece haber copiado lo peor de nuestro anterior modelo.

El cambio ha sido administrado en general con prudencia, tanto en la gestión, como en relación con el principal partido de la oposición. Sin embargo, transcurrido el primer cuarto de la legislatura, cabe preguntarse si el acuerdo por el que el PP aporta los votos de sus 13 parlamentarios sin ejercer cuota de poder es un pacto con futuro.

Hay algunos problemas. Fue este un pacto indeseado para sus principales beneficiarios. Si os fijáis bien, el único rasgo que este pacto comparte con otras coaliciones de Gobierno socialistas en otras comunidades es que el segundo y el tercero de entienden para descabalar al primero. Pero es el único acuerdo que se ha dado en estos seis años entre los socialistas y el primer partido de la oposición en el Congreso. Ni pactos de Gobierno ni acuerdos de Estado. Y hé aquí que el Gobierno vasco es la única apuesta política que hoy se sostiene y que goza de buena salud, por el momento.

Echemos un vistazo. Quienes recordamos a Maragall durante la elección de Barcelona como sede olímpica para los juegos del 92, soñábamos con la idea de que algún día aquel alcalde pudiera medirse con Pujol en unas elecciones autonómicas y ganarle. Como sabéis, eso no pasó, pero Maragall hizo un pacto de

Gobierno con la tercera y la quinta fuerza política para desbancar a la primera y decretar un cordón sanitario respecto a la cuarta. Recordemos que CiU se las había arreglado para gobernar con el Estatuto de Sau durante 23 años. Fue el PSC quien se empeñó en un nuevo Estatuto, con el lamentable resultado que hemos podido ver.

Con el mismo criterio se hizo coalición con UPGa para echar a la oposición a Fraga que se había quedado a un escaño de la mayoría absoluta; en Madrid, con Izquierda Unida, pacto que fracasó porque el día de Constitución de la Asamblea, dos tráfugas llamados Tamayo y Sáez dieron la espantada. Hubo nuevas elecciones y el resto lo sabéis.

En Baleares, Antich encabezó una coalición de seis partidos para ganar al PP, que también allí había quedado a un escaño de la mayoría. Aquí hay que considerar que el PP tuvo mucha suerte, porque los procesos de corrupción sorprendieron a Jaume Matas no sólo fuera del Gobierno, sino de la actividad política, mientras el PSOE se ha visto obligado a prescindir de su corrupta socia de UM al caerle encima los primeros procesos por corrupción.

En Cantabria, donde eran la segunda fuerza parlamentaria, auparon al presidente de la tercera para descabalar al PP. El resultado es que el populismo de Revilla superó al PSC en las autonómicas siguientes y lo relegó al tercer lugar.

Los resultados han sido malos. En todas partes menos en el País Vasco, donde el pacto constitucionalista, la coalición de los contrarios es el valor más sólido de Zapatero y ha demostrado en este año que el PNV puede irse a la oposición sin que pase nada. Euskadi está razonablemente mejor gobernada que otras comunidades autónomas. Sin embargo, los socialistas no están contentos con un acuerdo de Gobierno en el que sólo han cedido a su socio imprescindible la Presidencia del Parlamento vasco. Es una coalición que les da todo el poder y sin embargo la asumen de manera vergonzante.

Deberían comprender que ésta es la principal razón de que casidos tercios de los ciudadanos vascos no vean con buenos ojos el acuerdo PSE-PP. No se han atrevido a hacer pedagogía del pacto en entre los suyos. Nadie enciende una vela para esconderla bajo un celemín, dice el Evangelio de San Mateo.

No parece que la experiencia haya sido negativa para sus dos protagonistas principales: Patxi López y Antonio Basagoiti. Los socialistas deberían extraer de esta experiencia una enseñanza muy provechosa. Como es público y bastante notorio, ésta ha sido una forma no esperada de acceder al Gobierno. Los socialistas vascos esperaban, no sé si con optimismo algo exagerado, dar el sorpasso al PNV, volver a aventajarle en número de escaños como en el 86, para poder reeditar el viejo Gobierno de coalición, PSE-PNV, pero ahora con lehendakari socialista.

No pudo ser, como ya está dicho y yo creo que esa ha sido una circunstancia venturosa, porque el pase del PNV a la oposición ha sido una buena cosa para instalar a la sociedad vasca en eso que podemos llamar 'normalidad' con toda precisión, precisión que fue perceptible desde el mismo 2 de marzo en las calles de la ciudades y los pueblos vascos. El PNV tuvo que comprobar con alguna sorpresa que las calles no se llenaban de jóvenes dispuestos a una Intifada, que los trabajadores no mostraban la menor inquietud y ahí está el fracaso de la huelga decretada por ELA y LAB, de la que os hablaba hace un momento y los hertzianas no se quemaban a lo bonzo en sus comisarías.

Este Gobierno vasco ha posibilitado una convivencia más digna de tal nombre, ha dado pasos importantes para la erradicación de la violencia que antes estaba presente en nuestra sociedad, ha puesto a la Ertzantza a cumplir con su obligación de garantizar las libertades y la integridad de los ciudadanos, combatiendo todas las formas de delincuencia, ha hecho disminuir la crispación.

Sin embargo, no ha sabido apostar con coherencia y cierto coraje por la opción que ellos mismos han adoptado, convenciendo a sus votantes de que la han adoptado precisamente porque era la

mejor. Hay una parte muy importante de la opinión pública vasca que no acaba de imaginarse el país sin el PNV en el Gobierno y éste es un problema de futuro.

A esto hay que sumar que el PNV practica una oposición constante e inteligente, mientras la coherencia política no parece un rasgo que caracterice en todo momento al partido que gobierna. La semana pasada leí unas declaraciones del secretario de Organización del PSE en las que denunciaba que el PNV va a poner a las tres diputaciones en pie de guerra contra el Gobierno. Este es un problema exclusivo del PSE. Ellos le han regalado la de Álava.

Hay dificultades para reeditar un acuerdo necesario para consolidar el cambio, a saber: Zapatero necesita el apoyo del PNV en el Congreso y el partido-guía se lo cobrará en moneda que debilite el pacto de Gobierno en Vitoria, Acuérdense, un suponer, el retraso de las transferencias de empleo. No sé si Erkoreka fuma y puede ser invitado a otra noche de cigarros largos, como Artur Mas, pero López quería ser el Maragall de Euskadi, no diré más. Hay dudas razonables de que el pacto pueda sobrevivir a la confrontación sin descanso que el PSOE y el PP van a vivir hasta 2012. Es de suponer que también Bassagoiti va a sufrir presiones de las alturas de su partido.

Tampoco es probable que el PP pueda repetir su apoyo gratis et amore a un gobierno monicolor del PSE, so pena de devaluar la representación de sus votantes. El PSE tratará de superar al PNV para cambiar de socio. Lo demás está en función de lo que pase en 2012, si no se acorta la legislatura.

Creo que esta experiencia debería prorrogarse una o dos legislaturas más para que el cambio arraigue. En el caso de que la coalición constitucionalista fuera sustituida por la reedición de los acuerdos con el PNV, volveríamos a vivir la experiencia de la década 86-96. Fue una buena coalición de Gobierno para el país, pero sirvió al nacionalismo para recuperarse de su ruptura y achicar el espacio a los socialistas. Lo que algunos considerábamos avances consolidados en la convivencia pluralista

fue una ilusión. En el 98 llegó Lizarra y empezó la década Ibarretxe, sobre la que, todo hay que decirlo, el Partido-Guía no ha hecho la más mínima autocrítica.